

JORGE SANTIAGO FLORES

Estudió Historia en la Universidad Federico Villarreal y Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha obtenido diversos premios, como el Premio Nacional de Cuento Breve Brevísimo, convocado por la ANEA, y los Juegos Florales de San Marcos en 1995. Ha publicado los libros de cuentos *Us-
ted viene de allá* (2012) y *Las dos caras del héroe* (2018). Próximamente saldrá publicado su tercer libro de cuentos, *El libro de los sacrificios*, en el que se encuentra incluido "Felinos".

FELINOS

Había leído en algunos artículos que las mascotas, con el tiempo, terminan por parecerse a sus dueños. No eran simples palabras para provocar la inquietud o el asombro de sus lectores, pues esos artículos iban acompañados de fotografías de los orgullosos dueños con sus mascotas, y era evidente que estas, tras meses o años de haber sido adoptadas, adquirirían la mirada de sus dueños, la sonrisa de sus dueños y hasta la forma de la cabeza de sus dueños. Yo esperaba eso de Ismael, mi gato, cuando lo llevé a casa. No esperaba, por supuesto, que al cabo de unos meses nos pareciéramos como se parecen dos gotas de agua, lo que, sin duda, sería terrorífico. Esperaba, sí, que sus orejas se volvieran menos puntiagudas, que su nariz se alargara un poco y que perdiera ese aire melancólico o pensativo que lo acompañaba desde la mañana hasta la noche. Pero me temo que mis esperanzas no se han cumplido. Diría, más bien, que ha ocurrido todo lo contrario, que con el correr de los meses me he ido pareciendo a él, a Ismael, y aún tengo la suficiente razón para admitirlo.

¿De qué manera te estás pareciendo a tu gato?, preguntará alguien. ¿Acaso tus ojos brillan en las noches o tus orejas se están volviendo puntiagudas como las de Ismael? ¿Acaso ronroneas cuando estás con tu novia? ¿Acaso tus uñas son ahora garras listas para el combate? No, por supuesto que no, mi parecido con él tiene que ver con mi comportamiento. Hace unas dos o tres semanas, por ejemplo, ni bien llegaba la noche me apresuraba en encender la televisión. Con un termo lleno de café al lado, veía maratones de comedias o de programas de cocina, y en ocasiones, muy pocas, una que otra película, sobre todo de terror, mientras Ismael se dormía en mi regazo. Ahora no. Ahora salgo a deambular horas de horas por las noches y

muro que veo, muro que trato de escalar, por lo general sin mayor éxito. Mis tardes también han cambiado. Antes, si no estaba en la oficina, las dedicaba a mis lecturas, y en mi escritorio se apilaban rumas de libros que iban desde la etología hasta voluminosos tratados de gramática. En algún momento, como si fuera un hecho natural, reemplacé ese discreto placer por siestas continuas, que solo son interrumpidas para levantarme e ir hacia la cocina para servirme un bocadillo y volver a dormir.

Si mi parecido con mi mascota se resumiera solo en eso, no me preocuparía mucho. Aún más, amo las siestas, los atardeceres echado en el sillón con una música suave de fondo, mientras pienso en unas merecidas vacaciones en alguna de las islas griegas... Y lo de deambular en las noches, tampoco es muy malo, diría que hasta es bueno porque me mantiene activo y saludable. Pero las cosas, como suele ocurrir, son más complicadas de lo que uno quisiera. Les confesaré entonces (ya que de eso se trata esto) que de un tiempo a esta parte he adquirido una irresistible predilección de andar por las barandas, por los filos, por los tejados, y muchas de esas andanzas, casi siempre nocturnas, han terminado en aparatosas caídas contra el pavimento. Los ruidos súbitos o extraños me provocan un indecible terror, y más de una vez me he escondido debajo de mi escritorio o he salido corriendo de la oficina al escuchar un portazo. Mis compañeros se ríen cuando ocurre esto, y dicen que seguro hago eso para huir de mis obligaciones, que no son muchas, en verdad. Como si esto no fuera suficiente, ahora me enojo por verdaderas nimiedades, y hasta he llegado a las manos por defender mi punto de vista, como si la discrepancia fuera un insulto. La última vez recibí la severa reprimenda de mi jefe, quien me advirtió que no toleraría un acto más de violencia de mi parte. Tuve que contenerme mucho, pues estuve en un tris de mandarlo a la mierda.

¿Diré también que miro fijamente a los ojos a las personas hasta incomodarlas y que he adquirido el hábito felino de entrar a mi casa, no por la puerta como lo hace todo buen cristiano,

sino por la ventana o por el techo, para lo cual tengo que trepar un tosco muro de ladrillos? Esto, que puede resultar anecdótico o sin importancia, me ha ocasionado numerosos problemas. Más de una vez mis vecinos, seguros de que se trataba de un ladrón, han llamado a la policía y he terminado con mis huesos en alguna celda mugrienta.

Mis nuevos hábitos no acaban ahí. Uno de mis pasatiempos preferidos era darle de comer a las palomas. Los fines de semana iba a las plazas, a los parques, y les arrojaba varios puñados de maíz que llevaba en una bolsa, pero ahora, si no fuera por mi torpeza, más de una habría sido triturada por mis manos. También suelo acercarme al plato de Ismael lleno de galletas para gatos. Se ven tan apetitosas y huelen tan bien, pero un vago resto humano me impide caer en la tentación y perderme para siempre.